Comercio Exterior, vol. 32, núm. 6,
México, junio de 1982, pp. 608-620

Particularidades y efectos del neoliberalismo en Colombia

JULIO SILVA COLMENARES*

POR LA VÍA DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE

No hay duda de que desde finales del siglo pasado y principios de éste, el país se desarrolla por la vía capitalista, profundizándose la orientación que se expresara desde la larga lucha anticolonial iniciada por la insurrección de Los Comuneros. Vía que no generó una simple economía neocolonial, en donde la burgesía se limita al papel de testaferro, sino un manifiesto desarrollo capitalista, alimentado en su iniciación, aunque con lentitud, por la acumulación originada en el café, el comercio exterior y la minería de metales preciosos, especialmente. Como buena porción de este excedente quedó en manos colombianas, la burguesía nacional importó una parte considerable de la base industrial que pudo adquirirse en el exterior, puesto que veía en el desarrollo industrial su futuro como clase social.

Esta vía utilizó desde sus inicios la sustitución de importaciones, aunque en sus primeras etapas sólo se sustituyeron las de bienes de consumo personal de fácil elaboración. Este proceso generó una corriente comercial de intercambio desigual; primero con Europa, luego con Estados Unidos, cuando surgió como cabeza económica y política del sistema capitalista en su fase imperialista. Si bien en Colombia, como en América Latina, siempre ha estado presente la trilogía sagrada de la explotación imperialista —intercambio desigual, inversiones directas y empréstitos—, lo cierto es que hace algunos decenios el intercambio desigual era el mecanismo más visible de la expoliación externa, achacándosele buena parte de los problemas del subdesarrollo. Como opción, la mayoría de los países latinoamericanos planteó una nueva fase en la sustitución de importaciones, pensando que no sólo nos industrializaría sino que evitaría el saqueo de trabajo nacional que significa el comercio no equivalente. Empero, el intercambio desigual no es en realidad un simple problema de precios de mercado o de componentes del comercio exterior, por lo que nuestro atraso y deformación es más expresión de las relaciones de dependencia en que se da nuestro desarrollo. Por eso, aunque avanzamos en la sustitución de importaciones, y ha cambiado, en parte, el contenido de nuestro comercio exterior —e inluso en algún momento han sido favorables los términos de intercambio—, no hemos salido del subdesarrollo ni se ha eliminado la tributación hacia los países metropolitanos y sus monopolios transnacionales.[1]

La expansión que representó la fase sustitutiva no se tradujo en verdadero desarrollo industrial de todos los aspectos del proceso productivo, sino simplemente una muy inarmónica modernización fabril que mantuvo el atraso, la dependencia y la deformación heredados del capitalismo mercantil. Con esta industrialización se amplió la desproporción entre sectores y ramas, al tiempo que la penetración del capital extranjero desnacionalizaba el aparato productivo y la necesidad de importar materias primas y bienes de capital mantenía el estrangulamiento de la balanza externa, agravado por el aumento de los precios en los países capitalistas desarrollados. Ciertas investigaciones realizadas en Colombia muestran que los precios de la mayoría de los componentes externos son más altos que en su mercado de origen; esto es, hay una permanente sobrefacturación para trasladar ganancias de modo subrepticio.[2]

Lo que caracteriza a capitalismos como el nuestro es que se diversifican horizontalmente, es decir, hay una creciente pro-

* Economista, profesor universitario e investigador del Centro de Estudios de Investigaciones Sociales, de Bogotá, Colombia.

1. En este análisis tuvieron un papel muy destacado la CEPAL y R. Prebisch, aunque puede decirse que llegaron hasta la mitad de la verdad, el intercambio desigual, sin avanzar hacia la médula y culminación, la dependencia.

2. Véase Daniel Chudnovsky, *Empresas multinacionales y ganancias monopólicas en una economía latinoamericana*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1974.

ducción de bienes nuevos de la sección II (artículos de uso personal), pero no se produce la integración vertical, esto es, no se eslabona el proceso productivo desde la explotación racional de las materias primas hasta la fabricación de los bienes finales, pasando por los bienes de reproducción (sección I). Obviamente, esto no significa que todo país deba ser autárquico; puede no producir algunos bienes o renglones, tanto de la sección I como de la II, e importarlos; lo esencial es que tal importación se haga con independencia y no bajo la típica relación dependiente de matriz a filial. El caso de la metalmecánica en Colombia es ejemplar; es la rama de mayor expansión y diversificación durante los últimos 20 años, especialmente en artículos para el hogar, pero sobre la base de que 70% de sus insumos es importado y que los productores son filiales de transnacionales o capitalistas nacionales atados a la tecnología foránea.

Ante la ausencia de un verdadero plan nacional de desarrollo, la sustitución de importaciones se agotó rápidamente y degeneró en una sustitución de los propietarios nacionales; se agudizó la dominación externa de nuestra economía y la ascendente gran burguesía colombiana se volvió una clase conciliadora con los patronos extranjeros. La sustitución de importaciones también originó una precoz monopolización, en el sentido de que la mayoría de los monopolios existentes hoy no son producto de la competencia —América Latina y el Caribe prácticamente se saltaron la etapa de la libre concurrencia— o del desarrollo de las fuerzas productivas, sino que fueron traídos del exterior o surgieron del propio proceso de sustitución. Sin que nos hayamos beneficiado de lo que el desarrollo de las fuerzas productivas o la competencia dieron en el modelo clásico del capitalismo, hoy padecemos todas las desventajas que el monopolio aporta.

Así, la sustitución de importaciones —que en teoría es un instrumento dinámico de la economía— entra muy fácilmente en crisis, ya que pronto se presenta una superproducción aparente sin que se utilice plenamente la capacidad instalada. Un modelo de desarrollo asentado en la producción de bienes de consumo para sustituir importaciones, y que desestime aspectos que amplían el mercado interno como la reforma agraria democrática, la redistribución del ingreso y la ruptura de la onerosa dependencia externa, lleva a una situación en que, paradójicamente, cada vez se producen más y nuevos productos por menos productores, en términos relativos, al tiempo que más y más consumidores tienen que disminuir sus consumos, deformándose la estructura de la demanda y la composición de las inversiones. Dentro de este perjudicial esquema, el paso hacia productos más complejos se traduce en un incremento de patrones productivos con tecnología importada, lo que lleva a una economía de patentes y filiales, ampliándose la brecha con los países desarrollados.

¿Entonces, qué hacer? Una respuesta lógica sería desarrollar la sección I, pero ello implica romper la dependencia y comprar equipos y tecnología a proveedores que no impongan condiciones lesivas. Empero, nuestra gran burguesía es tan dependiente y deformada como el sistema que la genera y no ha sido capaz de asumir la tarea de crear la sección productora de bienes de producción. Y como opción frente a la sustitución de importaciones surge el modelo de promoción de exportaciones, pues ante la imposibilidad de redistribuir el ingreso y ampliar el mercado interno se resuelve realizar en el exterior parte de la plusvalía. Lo cierto es que ni una ni otra fórmula pueden desencadenar un desarrollo autónomo y sostenido, que eleve el nivel de vida de la inmensa mayoría de la población y mejore las condiciones de trabajo, como lo demuestran los ejemplos de Argentina, Brasil, Colombia, Chile y México, entre los países que han girado de la sustitución de importaciones hacia la promoción de exportaciones.

La promoción de exportaciones es, bajo nuevas modalidades, la continuación del desarrollo capitalista dependiente, sin que se modifiquen, por consiguiente, nuestras profundas desigualdades sociales y más bien se agudice el proceso de monopolización, consolidándose la oligarquía nativa y estrechándose su alianza con el capital imperialista. Se supone que esta teoría, desarrollada en centros universitarios del gran capital, destacándose en sus inicios las universidades de Chicago y Stanford, cuenta con el beneplácito de las transnacionales estadounidenses, las que utilizan ahora en la producción de bienes exportables la estructura erigida para atender la sustitución de importaciones. Su interés es mantener las ganancias y la dependencia que las posibilita, así sea bajo nuevas modalidades.

RASGOS ESENCIALES DE LA POLÍTICA NEOLIBERAL

Es necesario decir de entrada que preferimos hablar de neoliberalismo y no de monetarismo, pues nos parece que identifica una categoría más general que, junto al monetarismo y a las políticas liberacionistas en el campo económico, incluye cambios sustanciales en el papel del Estado y las Fuerzas Armadas, el gasto público y las condiciones sociales, lo cual pretendemos señalar en este ensayo. Como hemos venido insistiendo en otros trabajos, lo denominamos neoliberalismo monopolista, pues es un aparente retorno al liberalismo pero en la época de los monopolios.

La estructura productiva y social del capitalismo colombiano ha cambiado durante el período del Frente Nacional (iniciado en 1957), sin que esto signifique que ha dejado de ser un capitalismo dependiente y atrasado, atraso que de manera alguna es sinónimo de estancamiento. En el proceso de reproducción ampliada se han modificado el papel y el peso del mercado interno y su inserción en el mercado mundial capitalista, y maduran las relaciones sociales, destacándose en primer plano la contradicción capital-trabajo. Como veremos en estas páginas, la expansión del decenio de los setenta no correspondió tanto a un crecimiento real de la producción y el mercado interno, cuanto al efecto del estímulo a las exportaciones legales e ilegales, a las especulaciones monetario-crediticias que fortalecieron el poder de los grupos financieros y a las nefandas políticas de liberaciones de precios, financiera y de comercio exterior, incluida la mayor apertura al capital extranjero. No obstante, así como este modelo tiene obvias ventajas para la gran burguesía, por su propia dinámica es muy vulnerable y deleznable, ya que depende de un crítico e incierto mercado externo y no puede afianzarse en un amplio apoyo de masas pues ahonda los desequilibrios sociales.

También se conoce este modelo con el nombre de "crecimiento hacia afuera" o "asiático", ya que enfrenta a la tradicional tesis latinoamericana o cepalina de la protección a la industria nacional con la apertura que caracteriza a economías de enclave exportador, como Taiwán, Singapur y Hong Kong. Co-

rresponde al nuevo papel de países como Colombia dentro del sistema imperialista: por la acrecentada internacionalización del capital, pasamos de productores primarios a transformadores (en sus fases iniciales) de las materias primas o elaboradores de productos de cierta complejidad.

Similar política neoliberal se aplica en otros países, pero obviamente no sigue en todo los mismos lineamientos económicos ni utiliza idénticos mecanismos políticos. En algunos países, como Argentina, parece que el proceso de desnacionalización de la industria —y, más que desnacionalización, desmantelamiento de ciertas ramas— es más agudo que en Colombia, mientras que en Chile la oligarquía nativa y el capital transnacional han tenido que recurrir abiertamente al fascismo dependiente, cuando en Colombia ha sido suficiente la democracia restringida.[3] Según Sergio de Castro y Roberto Kelly, ministros de asuntos económicos de Pinochet, la "felicidad" del pueblo chileno puede lograrse sobre la base de convertir a los grandes capitalistas extranjeros y nacionales en los "agentes dinámicos" del crecimiento, siempre y cuando los recursos se asignen de acuerdo con las leyes del mercado capitalista y el Estado asuma un "papel subsidiario"; para José Martínez de Hoz, artífice de la política económica en Argentina, los principios básicos deben ser "la función subsidiaria del Estado" y el "programa de las 12 libertades": de precios, del mercado cambiario, del comercio exterior, de exportaciones, de importación, de las tasas de interés, de alquileres urbanos y arrendamientos rurales, de las tarifas de los servicios públicos y los precios subsidiados de los combustibles, de subsidios a los productos, de concertación de salarios, de inversiones extranjeras y para la importación de tecnología.[4]

En el caso colombiano, no puede desconocerse que durante los años setenta giramos en una espiral de euforia desarrollista, alimentada por la bonanza cafetera y la exportación ilegal de otros productos y "yerbas", que llevó al país a cotas de expansión económica, comercio exterior y balanza cambiaria no alcanzadas antes, dando una impresión externa de pujanza y progreso, cuando en realidad los problemas sociales están socavando las bases del sistema, apuntalado por los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas.

A partir de la promulgación del Estatuto Cambiario en 1967, que creó el subsidio gubernamental denominado Certificado de Abono Tributario (CAT) para las exportaciones y el Fondo de Promoción de Exportaciones (Proexpo, en realidad es un banco de comercio exterior), pero en mayor medida desde el gobierno de Misael Pastrana Borrero, es nítida la incorporación de los principios básicos de la llamada Escuela de Chicago o neoliberalismo en nuestra política y legislación económica. Los tres últimos gobiernos han elaborado lo que pomposamente llaman Plan de Desarrollo, sin que ninguno se haya atrevido a evaluar su cumplimiento. Aunque aparentemente se presentan notables diferencias entre los tres planes, en realidad hay un hilo que une "Las cuatro estrategias" de Pastrana, "Para cerrar la brecha" de López Michelsen, y el "Plan de integración nacional" de Turbay Ayala: en los tres se busca una salida a la crisis de la industrialización por sustitución de importaciones y se señala como remplazo al modelo de promoción de exportaciones. Es decir, son planes en cuya concepción básica no preocupa expandir y profundizar el mercado interno, sino realizar la plusvalía adicional en el exterior.

Desde el punto de vista formal, el supuesto lógico de "Las cuatro estrategias" es coherente. Si se incrementan las exportaciones —primordialmente de manufacturas— y crece la construcción en las ciudades, se elevará el empleo y habrá, por tanto, un mayor consumo de productos agropecuarios e industriales; para atender la demanda agropecuaria adicional se eleva la productividad; si simultáneamente el Estado redistribuye parte del ingreso nacional financiando a través del sistema impositivo nuevos servicios sociales, se habrá logrado un mayor bienestar. Sin embargo, el Plan no funcionó, ya que era necesario superar algunas barreras, que más que decisiones meramente económicas requerían de soluciones políticas. En resumen, se redujo a impulsar las exportaciones y entregar la construcción al capital financiero, al tiempo que con la creación de la Unidad de Poder Adquisitivo Constante (UPAC) se institucionalizaba la nociva tesis del dinero caro, uno de los pilares del neoliberalismo.

El "Plan de Desarrollo" presentado por el presidente López Michelsen tenía como orientación básica, según su discurso de presentación, "cerrar las brechas que el modelo tradicional de desarrollo ha creado". Y para ello hablaba de cuatro prioridades: fomento de las exportaciones, productividad agrícola, descentralización industrial y desarrollo regional y urbano. Es decir, que por otro camino regresamos a las cuatro estrategias. Aspecto destacado de este Plan es el descarado propósito de remplazar el tímido proyecto de reforma agraria iniciado en los años sesenta por el denominado Desarrollo Rural Integrado (DRI), programa concebido por el Banco Mundial como opción ante la reforma agraria y cuyo objetivo es mantener estables los precios de los productos agropecuarios —especialmente los de consumo personal— por medio de la intensificación del trabajo de los campesinos pobres. Como evaluación crítica basta recordar que ese gobierno, que llamó a su plan de desarrollo "Para cerrar la brecha", fue bautizado por la sabiduría popular como el "Mandato caro", que significó mayor enriquecimiento de los ricos y más empobrecimiento de los pobres.

El Plan del gobierno de Turbay Ayala no elimina las llamadas estrategias de los gobiernos anteriores; antes bien, algunas adquieren una nueva dimensión. Se impulsa la promoción de exportaciones, se mantiene la reforma financiera, con la preeminencia de los papeles captadores de capital-dinero y las altas tasas de interés, y se avanza más en la libertad de precios para garantizar las ganancias de los monopolios. El Plan de Integración Nacional, financiado en su mayor parte con endeuda-

3. Sobre ambos países se ha escrito mucho. Queremos destacar la serie "Documentos y materiales económicos" que publica mensualmente la Secretaría Ejecutiva de la Unidad Popular chilena, en donde merecen mención especial los artículos de Hugo Fazio, y el reciente ensayo de Aldo Ferrer "El monetarismo en Argentina y Chile", en *Comercio Exterior*, vol. 31, núms. 1 y 2, México, enero y febrero de 1981. Llama la atención la tesis de Ferrer, no vista en otros autores, de que "no existen indicios de que haya aumentado el grado de extranjerización de la economía" y que "el proceso puede caracterizarse como de argentinización del subdesarrollo" (número de febrero, pp. 186 y 187). Al mismo tiempo, el Partido Comunista de Argentina caracteriza la política económica como de orientación antipopular y antinacional (Athos Fava, "Unidad y lucha: garantía de una apertura democrática", en *América Latina*, Moscú, núm. 9/81).

4. Discurso ante la XXI Asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo, publicado en *Información económica de la Argentina*, Ministerio de Economía, núm. 108, junio-agosto de 1980.

miento externo, es un programa de obras públicas que moderniza y amplía la infraestructura física y energética, para adecuarla al desarrollo capitalista y unir los mercados regionales y los centros fabriles —en donde ya las grandes empresas están bajo el control de los principales grupos financieros—, tanto entre sí como con los puertos, consolidándose la regionalización que coincide en gran parte con el mapa de la monopolización que padecemos.

Todo muestra que el Plan de Integración Nacional encaja aún más dentro del modelo neoliberal que desde Planeación Nacional impulsó Eduardo Wiesner, ex-vicepresidente de la Asociación Bancaria y ministro de Hacienda durante los años 1980 y 1981, siguiendo la receta de Chicago y Stanford. Modelo económico-político de concentración acelerada de la riqueza, grandes ganancias y empobrecimiento masivo, que ha generado, de un lado, los grupos financieros que manejan cientos de empresas con miles de millones de pesos en activos y, del otro, millones de colombianos que caen en la sima de la miseria.

El neoliberalismo, que es reproducción del capitalismo en manos de los monopolistas, necesita seguridad y estabilidad, infraestructura física y crédito, es decir, todos los aparatos del Estado —políticos, militares y económicos— al servicio de tal reproducción. Por eso vemos que en Colombia avanza la doctrina de la subsidiaridad del Estado, no en el sentido de que el Estado se retire totalmente de la actividad económica o se reduzca simplemente a su tradicional función de gendarme entre las clases sociales, sino en cuanto se le asigna la función de auxiliar de los monopolistas, financiero y represor, en la reproducción social. De igual manera, ha sido necesario que a las estrategias de desarrollo se adicionen nuevas teorías de acción en el campo político, como la de la seguridad nacional, ideada por el Pentágono y la CIA para poner a las Fuerzas Armadas —o por lo menos parte de ellas— al servicio de los monopolistas nativos y foráneos.

El mismo neoliberalismo da garantías a la gran burguesía para que traslade ganancias al exterior y las invierta como capital reproductivo, en intermediación financiera o como dinero rentista. El Banco de la República había registrado inversiones de colombianos en el exterior por más de 90 millones de dólares hasta 1978 (55% en establecimientos financieros, 25% en servicios sociales y personales y 10% en la industria),[5] cifra que obviamente no incluye los cientos de millones que salen subrepticiamente para colocarse en bancos de "paraísos fiscales" como Zurich o Bahamas. Asimismo, ya se autorizó la exportación de bienes como aporte de capital en el exterior.

Al mismo tiempo, se abandonan los estímulos a la producción material, mientras que se auspicia el encarecimiento y la restricción del crédito con base en una contracción monetaria que pretende combatir la carestía, cuando sabemos que ésta es causada fundamentalmente por el control monopolista sobre los sectores básicos de la economía, el tributo al capital imperialista y las nocivas liberaciones de precios, comercio exterior e inversiones externas. La apertura de las importaciones vulnera la producción interna y la masiva llegada de capital extranjero, así como el excesivo endeudamiento estatal, ahondan la dependencia y la desnacionalización de nuestra economía. Al promover las exportaciones se descuida el mercado interno y se trasnacionaliza la realización de la plusvalía y su acumulación como capital. El dependiente capital financiero colombiano —figura preminente en el esquema neoliberal— pretende participar de tal modelo de acumulación, asociándose más estrechamente con el capital transnacional, pero sufre con rapidez los efectos de la crisis en los países capitalistas desarrollados y de la contracción del mercado interno, por la reducción de la capacidad adquisitiva y la concentración de la riqueza.

La bonanza cafetera y los ingresos crecientes de divisas por otros conceptos —ya en declinación— no se utilizaron para ampliar la base productiva ni para solucionar críticos "cuellos de botella", especialmente en combustibles, minería e industria; la ilusión en el mercado capitalista mundial hizo pensar que las exportaciones de productos diferentes a los tradicionales se expanderían indefinidamente, cuando lo que sucedía y sucede es que estamos ahondando nuestra inserción en el sistema de reproducción ampliada del imperialismo, sin considerar los intereses nacionales, las necesarias proporciones de la economía y la elevación del nivel de vida de la población.

Es innegable el papel del neoliberalismo en el avance de nuestro capitalismo hacia un nivel medio de desarrollo, aunque hemos de tener en cuenta que lo determinante no es el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y las relaciones de producción sino el efecto de la dependencia en este capitalismo; la combinación de ambos aspectos, dependencia y relativa madurez,[6] ha dado un capitalismo en crecimiento pero en crisis permanente, sin que se hayan logrado la independencia económica ni cambios sustanciales en favor de las amplias masas.

Al mismo tiempo, la gran burguesía nativa ha dado nacimiento a una oligarquía financiera que controla sectores fundamentales de la economía y expande aceleradamente sus tentáculos por toda la vida nacional, pero siempre en asociación con el capital extranjero. Un intrincado sistema de intermediarios financieros facilita el control por los grandes grupos financieros del mayor número de empresas, utilizando para ello capital ajeno. El desprestigio de las acciones es auspiciado en forma ladina por los monopolios, quienes al mismo tiempo crean más y más intermediarios financieros para captar el ahorro que no se invierte en acciones. Así, al pequeño o mediano inversionista se lo separa aún más de los medios de producción y pierde su condición original de accionista o copropietario.

Con base en esta red de intermediarios, el capital imperialista y la burguesía monopolista nativa controlan lo fundamental, desde el agro hasta el comercio y las comunicaciones, convirtiéndose, de hecho, en serio obstáculo para un verdadero desarrollo. Aunque es imposible señalar los grados exactos de monopolización, como resultado de nuestras investigaciones podemos indicar algunos niveles estimados, que nos dan una orientación aproximada: industria 75%, finanzas 100%, agro 45%, comercio 10%, transporte 40%, construcción 40%, minería 90%, electricidad, gas y agua 100%, comunicaciones 70%;

5. Banco de la República, *Informe del Gerente a la Junta Directiva, 1978*, p. 172.

6. Sobre América Latina y el Caribe, en general, véase el importante artículo de Viktor Volski, director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, "Madurez relativa, dependencia completa", en *Revista Internacional*, núm. 6, Praga, 1979.

en el conjunto de la economía podemos hablar de un control monopolístico del orden de 50 por ciento.[7]

El proceso de monopolización, que marcha de la mano con la desnacionalización, ha desembocado ya en la creación de los grupos financieros nativos, que son un peldaño cualitativamente nuevo. El grupo financiero es expresión de la oligarquía financiera, y como tal no corresponde a una forma en particular del capital sino que tipifica la fase en que se han fusionado los capitalistas industriales con los banqueros y los comerciantes. El grupo financiero está por encima de las empresas y, por tanto, no se confunde jurídica o administrativamente con ellas. Al mismo tiempo, el capitalista financiero también cambia cualitativamente; ya no es un empresario común, que dirige y está al frente de la producción, sino una especie de superempresario que representa al capital-propiedad, mientras que el capital-función se delega en otras personas. Estos grupos, entre los que destacan Grancolombiano, Ardila Lulle, Santodomingo, Fedecafé, Bogotá y Suramericana, han sido los principales beneficiarios de la política neoliberal, aunque a veces se quejan del asalto desnacionalizador contra la economía o de la vulnerabilidad externa del modelo. Se considera que prácticamente todas las 500 empresas más importantes del país están bajo el control de los 15 principales grupos financieros, incluidos obviamente los extranjeros.

Sin embargo, un modelo de este tipo requiere de un Estado fuerte, no sólo desde el punto de vista de la intervención económica sino también desde el aspecto represivo, puesto que siempre tiene un alto costo social. La participación de los asalariados en el ingreso nacional bajó de 46.5% en 1970 a 41.9% en 1979;[8] si bien el desempleo no ha llegado a las explosivas tasas que vaticinaba a mediados de los años sesenta la OIT, su tasa oscila alrededor de 10%; los problemas de salud y educación se agravan, especialmente con la antipopular política de retirar al Estado de la prestación de los servicios sociales y postular que éstos se autofinancien. Por todo ello, el Estado se ha hecho más reaccionario y, aunque es claro que el capital financiero no ha tenido que recurrir al fascismo para imponer su modelo económico, el tipo de democracia restringida que utiliza significa una progresiva militarización de la vida civil y una recia persecución contra el movimiento sindical, campesino y democrático en general. Durante más de 30 años, con contadas excepciones, hemos soportado las restricciones políticas que implica el estado de sitio y desde 1978 está en vigencia un Estatuto de seguridad más rígido para aplicar, en las condiciones de Colombia, la doctrina pentagonista de la seguridad nacional y la guerra interna.

Ante el evidente fracaso del neoliberalismo para desarrollar armónicamente la economía y solucionar los problemas sociales —agravado por la crisis general del capitalismo—, se impone la necesidad de estudiar un modelo realmente distinto, en el sentido de que sea progresista y democrático. Modelo que, en sus aspectos básicos, debe asentarse en el estímulo de la producción material que utiliza racionalmente los recursos naturales y las fuerzas productivas; en la promoción de la banca de fomento, sacándola del control de la oligarquía financiera, y el otorgamiento de crédito suficiente y barato; en el control de los precios y tarifas de los bienes y servicios esenciales; en la nacionalización de los monopolios que controlan los renglones fundamentales de la economía y que no son más de 500 grandes empresas y entidades financieras; en la nacionalización del comercio exterior básico y el uso adecuado de las reservas internacionales; en la completa estatización de la industria minera, desde la exploración hasta la comercialización, para poner las inmensas riquezas del país al servicio de un desarrollo independiente; en modificaciones sustanciales de la estructura agraria que rompan el latifundio y desarrollen la producción de alimentos y materias primas, sobre la base de la cooperativización de los campesinos pequeños y medianos y la organización de haciendas estatales, en la municipalización del transporte público de las principales ciudades; en la democratización de la educación superior y la efectiva extensión de la educación primaria gratuita a toda la niñez; en una genuina convivencia democrática. Modelo que, obviamente, debe desmontar la política de "liberaciones" y la nociva concepción de las exportaciones como estrategia fundamental de desarrollo, y poner en el centro de la política económica gubernamental la elevación del nivel de vida de la mayoría de la población, para ampliar el mercado interno y expandir la producción y el empleo.

CRECIMIENTO ECONÓMICO

En los últimos años, coincidiendo con la aplicación del modelo neoliberal, la economía se ha expandido y la estructura productiva y social ha sufrido notorios cambios. Durante el decenio 1970-1979 el PIB tuvo un crecimiento promedio de 5.5% anual, pero en los últimos años, con excepción de 1978, se presentó una aguda tendencia a la contracción, que puede convertirse en recesión en 1982, especialmente por efecto de la crisis general del capitalismo. Dentro del anterior promedio se observan bruscos cambios en el ritmo: de 3.8% en 1975 a 8.9% en 1978. En 1980 el crecimiento cayó a 4%, la menor tasa desde 1970 con la excepción ya señalada de 1975. Debe tenerse en cuenta que estas tasas están infladas por el mayor crecimiento de los sectores improductivos, como el financiero, cuyo aumento fue de 11% anual.

Completamos el tránsito de país agrario a agrario-industrial y todo indica que en los años noventa se iniciará el paso a un país industrial-agrario. La producción industrial, incluidos construcción, minería y electricidad, gas y agua, ya representa 25% del PIB y supera levemente al sector agropecuario. Dada la importancia que otorga el modelo neoliberal a los intermediarios financieros, su crecimiento y su peso dentro del PIB son notables: de 2.4% en 1960 llegaron a 5.7% en 1979.[9] Para 1981 el monto global del PIB se acercará a 2 billones de pesos, lo que equivale a más de 35 000 millones de dólares; en los últimos 15 años se ha duplicado el producto per cápita y ya pasa de 1 200 dólares corrientes. El ingreso nacional per cápita ha crecido, en pesos de 1970, de 5 139 en 1970 a 7 181 en 1979, pero este promedio oculta la regresiva distribución del ingreso que ha ocurrido.

No obstante, los cambios son contradictorios y erráticos, y el crecimiento es cada vez más desigual y deforme. Somos más dependientes que nunca del inestable mercado internacional, acentuándose la vulnerabilidad ante los desequilibrios capita-

7. Julio Silva Colmenares, *Los verdaderos dueños del país* (6a edición), Fondo Editorial Suramérica, Bogotá, 1981, p. 303.

8. Banco de la República, *Cuentas Nacionales de Colombia 1970-1979*, s.f., p. 23

9. Datos tomados de Banco de la República, *Cuentas Nacionales de Colombia 1970-1979*.

listas y la pugna interimperialista; es notoria la apertura al capital extranjero y su creciente dominio sobre la economía, lo que en lugar de preocupar al Gobierno lo lleva a incluirla como uno de los objetivos del plan de desarrollo vigente. A pesar de los problemas de crecimiento y de balanza, nuestro capitalismo muestra signos de relativa madurez: ha llegado a un grado medio de desarrollo, pero al precio de ahondar la dependencia en todos los aspectos.

La producción agrícola aumenta más lentamente que la industrial, a pesar de la creciente demanda de las ciudades. Si se exceptúan algunos cultivos tecnificados, especialmente los de exportación (café, banano, tabaco, flores), la producción agropecuaria está prácticamente estancada, presentándose el hecho insólito de que en un país de agricultura andina haya disminuido la producción de maíz durante los años setenta. Por la pobreza del campo y la asfixia del latifundio se acelera el traslado de la población hacia las ciudades: dos de cada tres colombianos ya viven en centros urbanos.

La producción de café casi se duplicó durante la década anterior, hasta llegar en 1980 a 12.2 millones de sacos,[10] pero no por la ampliación del área cultivada sino por el cambio hacia la variedad caturra, que multiplica por cuatro el rendimiento por hectárea. Este cambio, que hace de la caficultura una actividad eminentemente capitalista, está diferenciando a los productores; de un lado, los pequeños y pobres, que no han podido hacer el costoso cambio; del otro, un grupo de grandes cultivadores, cada vez más entrelazados con los exportadores, la Federación de Cafeteros y los monopolios transnacionales. El área tecnificada, 25% del total, aporta 60% de la producción; mientras tanto, los cultivadores con menos de dos hectáreas —casi las dos terceras partes del total— no alcanzan a tener un ingreso mensual neto equivalente al salario mínimo urbano. La oligarquía ha abandonado totalmente el proyecto de la reforma agraria como un medio para aumentar la producción de alimentos y ha acogido, en cambio, el programa de Desarrollo Rural Integrado del Banco Mundial, que pretende elevar la productividad agrícola por la vía de intensificar el trabajo campesino. Por eso la penetración del capitalismo en el campo, incluso del capital financiero, se hace sobre la base de respetar el poder político del latifundio y muchas veces se aprovecha su herencia de relaciones sociales atrasadas para la producción de mercancías. Reflejo de la concepción neoliberal de intensificar la explotación del trabajo vivo es la caída de la importación de tractores: de 2 300 unidades en 1975 a 1 100 en 1980.

La actividad industrial, que venía creciendo a tasas entre 6 y 8 por ciento anual, se ha contraído drásticamente y en 1980 tuvo un crecimiento de apenas 2.6%, el más bajo de los últimos años (con la excepción de 1975, cuando sólo fue de 0.7%); en 1981 la industria muestra una fuerte contracción: en el período enero-mayo la producción ha disminuido 5.6% y el empleo 3.9% con respecto a igual lapso de 1980.[11]

Si bien alimentos, bebidas y tabaco, y textiles y confecciones siguen teniendo el peso fundamental, las ramas de mayor expansión son la metalmecánica y la química —con fuerte presencia del capital extranjero—, aunque la producción siderúrgica está estancada. Una cuarta parte de la inversión industrial nueva se dedica a atender exportaciones, lo que coincide con el propósito de lograr mayor inserción en el mercado mundial capitalista.

A pesar de la orientación hacia afuera y del desmonte de algunas restricciones aduaneras, se consiera que la industria nativa aporta todavía 95% de la oferta de artículos de consumo personal y 75% de las materias primas. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que el término industria nativa no es sinónimo de propiedad nacional, ya que por las nuevas formas de la dependencia el capital imperialista se transforma en factor interno de producción: 43% de la producción industrial pertenece a establecimientos que tienen inversión extranjera, y en los cuales esa inversión representa 61% de su capital.[12] También estas empresas se benefician de la estrategia exportadora, pues hacen más de 50% de las exportaciones nuevas.

Si bien es posible que la contracción haya afectado las ganancias netas, como se aprecia en el balance de algunas de las grandes empresas industriales, lo cierto es que se ha comprobado que en los últimos años la industria invierte una porción creciente de sus ganancias en otras actividades, especialmente en el sector financiero, con perjuicio de la inversión industrial. A pesar de la baja relativa en las ganancias,[13] el monto de los activos se incrementa, al tiempo que se concentra más la propiedad. Los activos de las empresas registradas en la Bolsa de Bogotá —su número oscila entre 160 y 180— pasaron de 310 700 millones de pesos en 1978 a 417 700 en 1979 y 590 000 millones en 1980,[14] lo que muestra casi una duplicación en dos años. En estas empresas, menos de 0.5% de los accionistas posee más de 50% de las acciones. Como puede verse, el neoliberalismo funciona plenamente como instrumento concentrador de la riqueza, quizá más en época de crisis que de bonanza.

A pesar de que a principios del decenio se creó un sistema UPAC (corrección monetaria con unidades de poder adquisitivo constante) para canalizar dinero hacia la construcción, durante 1980 se hicieron 4.3 millones de metros cuadrados, cuando en 1973 se había llegado a 5.2 millones; en vivienda, la situación es más crítica: de 4.1 millones bajamos a 3.3 millones, es decir, estamos construyendo apenas 80% de lo de hace siete años. Paradójicamente, el dinero centralizado por el sistema UPAC crece de modo vertiginoso: de 18 087 millones en julio de 1976 a 113 629 en julio de 1981, una multiplicación por más de seis en un quinquenio;[15] por lo visto, este dinero se está dedicando a construcción suntuaria y otros menesteres.

10. *Economía Cafetera*, Federación Nacional de Cafeteros, vol. 10, núm. 12.

11. Banco de la República, *Cuentas Nacionales . . ., op. cit.*, y Departamento Nacional de Estadística, *Avance Estadístico, agosto de 1981.*

12. Departamento Nacional de Estadística, *1981, Colombia Estadística*, p. 10.

13. Así, por ejemplo, las ganancias netas de las 20 empresas cuyas acciones tuvieron la mayor transacción en la Bolsa de Bogotá pasaron de 6 129 millones de pesos en 1979 (139 millones de dólares) a 7 359 millones (145 millones de dólares) en 1980, para un incremento de 20% en pesos colombianos y 4% en dólares, teniendo en cuenta una devaluación de 16 por ciento.

14. Datos calculados por el autor, con base en Bolsa de Bogotá, *Manual del Mercado Bursátil*, años 1980 y 1981.

15. Cifras tomadas de Banco de la República, revista de julio de 1981, pp. 112 y 117.

No puede desconocerse el peso que en la expansión económica ha tenido la llamada "economía subterránea", constituida fundamentalmente por la producción y exportación ilegal de cocaína y marihuana y la exportación ilegal de esmeraldas, café, ganado, cemento, azúcar y otros productos, la importación ilegal de capital extranjero, cigarrillos, electrodomésticos, licores, etc.; las ganancias por la sobrefacturación de importaciones y la subfacturación de exportaciones; las exportaciones ficticias, los desfalcos y sobornos en el aparato estatal, y otras actividades económicas al margen del Código Penal. Se considera que bajo el concepto "Otros" en los ingresos corrientes por servicios y transferencias, especialmente ocultos como turismo, se disfraza parte de este "dinero sucio"; la verdad es que este rubro se ha incrementado apreciablemente durante los últimos años, pues de 148 millones de dólares en 1974 ya superó los 1 220 millones de 1980.[16] Dado su carácter especulativo y por no corresponder a una creación real de riqueza, el ingreso por estos conceptos —se considera que puede equivaler a una doceava parte del PIB— ha elevado el precio de la tierra y de la vivienda —bienes utilizados para "lavar" el "dinero sucio"— y agravado la inflación monetaria, originando mayores restricciones del crédito, según la absurda concepción monetarista del equipo económico gubernamental.

Todo indica que el crecimiento económico de la década pasada se apoyó más en el aprovechamiento intensivo del equipo instalado y de las posibilidades agrícolas que en la ampliación de la base productiva. Ahora, al tiempo que declina la bonanza exportadora y que el país llega a cifras de déficit comercial y gubernamental, como veremos más adelante, sin precedentes, la contracción industrial amenaza convertirse en una crítica recesión; transcurridas dos terceras partes de 1981 la producción industrial, excluidos los derivados del petróleo y del carbón, disminuyó en cifras reales 2.8% con respecto a igual período del año pasado, al tiempo que el empleo fabril lo hizo en 4.1%; las agrupaciones más afectadas han sido trilla de café (34.7%), equipo y material de transporte (19.6%), imprentas y editoriales (11.8%), productos plásticos (10.8%), sustancias químicas industriales (8.9%) y vidrio (8.7%).[17] No hay duda de que esta contracción ha influido en la racha de concordatos y quiebras que se ha presentado este año, de los cuales también son culpables las altas tasas de interés y la escasez de crédito. Dada la represión contra el movimiento obrero, los concordatos y quiebras pueden ser utilizados por los capitalistas para burlar las conquistas sindicales y por los grupos financieros para tomarse nuevas empresas. Los movimientos recientes en el control de empresas tan importantes como Fabricato, Coltejer, Nacional de Chocolates, Noel, Colseguros, Banco de Bogotá, Avianca y otras son ejemplos de la dura pugna que se libra entre grupos financieros, y cuyo costo se trasladará después a los consumidores y trabajadores como carestía y recorte de los derechos sindicales.[18]

16. Banco de la República, *Informe a la Junta Directiva 1977*, p. 85, y revista de diciembre de 1980, p. 1754.

17. Departamento Nacional de Estadística, *Avance de septiembre de 1981*.

18. Así, por ejemplo, la pugna por el control del Banco de Bogotá hizo subir el valor de la acción de 60 pesos, a principios de octubre de 1981, a 500 a finales del mismo mes (a 1 000 pesos en el mercado extrabursátil), lo que no tiene relación alguna con su rentabilidad y valor patrimonial.

COMERCIO EXTERIOR Y RESERVAS INTERNACIONALES

En contraste con los años cincuenta y sesenta, durante la década anterior la gran burguesía logró superar el crónico estrangulamiento del llamado sector externo, debido principalmente al aumento del precio internacional del café, la exportación ilegal de cocaína y marihuana, los giros de los colombianos que trabajan en el exterior y la política de promoción de exportaciones. Durante 1980 el intercambio global con el exterior superó por primera vez los 10 500 millones de dólares, lo que representa una multiplicación por más de seis en el transcurso del decenio

En 1973, año previo a la iniciación de la bonanza cafetera, las exportaciones fueron de 1 009 millones de dólares (535 de café y 474 de otros productos) y los ingresos por servicios llegaron a 233 millones; las importaciones, incluido el petróleo nacional que se debe comprar en dólares, fueron de 796 millones y los egresos por servicios de 389 millones de dólares. En 1980 las exportaciones de café produjeron 1 985 millones y de otros productos 1 410 millones; el oro de producción nacional, que compra el Banco de la República para incrementar las reservas externas, totalizó 315 millones y los ingresos por servicios y transferencias 1 848 millones, incluidos 450 millones de intereses recibidos por la colocación en el exterior de las reservas internacionales; las importaciones ascendieron a 3 585 millones, incluidos 107 de petróleo y gas nacional, y los egresos por servicios y transferencias a 1 310 millones de dólares, incluidos 652 de intereses pagados. Como puede verse, se ha producido un significativo cambio en la cuenta corriente del país al pasar de un superávit, sin incluir el movimiento de capital, de 70 millones de dólares en 1973, a 747 millones en 1980; pero este movimiento oculta que el neoliberalismo ha modificado negativamente la balanza comercial del país, que de un superávit de 213 millones en 1973 pasó a un déficit de 190 millones de dólares en 1980. Y esta tendencia se agrava, pues durante los nueve primeros meses de 1981 el déficit comercial externo fue de 958 millones de dólares.[19]

La caída del precio del café en el mercado internacional y la considerable reducción de las exportaciones colombianas —fenómenos que más bien se agravarán con la firma del Convenio Internacional de Cuotas— han reducido drásticamente la capacidad externa de compra del país. Durante el año cafetero octubre de 1980/septiembre de 1981 el precio promedio en Nueva York de los "otros suaves" fue de 1.23 dólares la libra, cuando en el año precedente se había mantenido en 1.75 dólares; las exportaciones colombianas bajaron de 11.5 millones de sacos en el año 1979/80 a 9 millones en 1980/81. Según cálculos del Banco de la República, el efecto combinado de los dos fenómenos —que todavía no se refleja en la balanza cambiaria por desfases y rezagos entre la comercialización y el ingreso de divisas— representa en realidad una disminución de 40% en el rubro cafetero.[20]

Entre las exportaciones nuevas destacan, en orden de impor-

19 Datos tomados de Banco de la República, *Informe a la Junta Directiva 1975*, p 73, y *Revista del Banco de la República*, diciembre de 1980, p. 1754, y septiembre de 1981, p. 9.

20. *Revista del Banco de la República*, septiembre de 1981, pp. 4 y 5

tancia, los hilados, textiles y confecciones, esmeraldas, plátanos, manufacturas metálicas, flores, productos químicos y farmacéuticos, manufacturas mecánicas y eléctricas, azúcar y algodón. Si bien el monto de las exportaciones diferentes al café se triplicó de 1973 a 1980, la bonanza cafetera ha mantenido estable la composición de nuestras ventas de mercancías al exterior; en promedio, 20% son bienes de consumo, de los cuales casi una sexta parte son de consumo duradero; 75% materias primas y productos intermedios, correspondiendo, obviamente, el mayor peso al café trillado, y 5% bienes de capital, dentro de los cuales adquiere cada día mayor importancia la parte destinada a la industria y el transporte, que ya casi es la mitad. Aunque en las exportaciones figuran algunos bienes de producción y de consumo duradero, lo que significa cierto éxito de la política de promoción y diversificación de exportaciones, en muchos productos se logra sobre la base de desatender el mercado interno o de elevar exageradamente los precios para el consumidor nacional, llegándose al absurdo que son los empobrecidos colombianos quienes subsidian en parte al mercado externo. El Estado apoya a los exportadores no sólo con la devaluación permanente, diaria, y un atractivo subsidio a cargo del presupuesto nacional —mecanismos establecidos por el Estatuto Cambiario de 1967—, sino también con una generosa línea de crédito y el impulso a las zonas francas y los parques industriales orientados hacia el exterior.[21]

Poco a poco se ha ido imponiendo la liberación de importaciones, parte esencial del credo neoliberal, a contrapelo de nuestro tradicional proteccionismo. Según el Gobierno, la entrada de mercancías extranjeras frena la inflación monetaria pues consume las divisas acumuladas y los pesos emitidos a raíz de la bonanza exportadora. No obstante, lo grave es que tal consumo no tiene carácter productivo sino despilfarrador. El país se está inundando de costosos vehículos y complicados aparatos electrodomésticos, concebidos para el derroche energético estadounidense, y de sibaríticos licores y alimentos, que no están al alcance de 90% de la población, pero que abren el camino al ideal de la libertad de cambios de los Chicago Boys, que puede llevarnos a un colapso como el de Argentina. De acuerdo con diversos voceros industriales, la importación legal e ilegal de automotores, textiles, confecciones y electrodomésticos tiene al borde de la parálisis a la industria nacional.

Hasta 1979 —último dato conocido— esta política liberacionista no había afectado sustancialmente la composición de las importaciones, a pesar de que los bienes de consumo pasaron de 190 millones de dólares en 1974 a 451 millones en 1979; en promedio, los bienes de consumo representan 15% del total, los bienes de capital 33% y las materias primas y productos intermedios 52%; no obstante, empieza ya a notarse una tendencia negativa en las importaciones destinadas a la industria: de 68% del total (entre materias primas, productos intermedios y bienes de capital) en 1974 a 58% en 1979, mientras que el equipo de transporte —en donde el mayor peso corresponde a los vehículos particulares— ascendió de 9.2 a 11.5 por ciento y los combustibles y lubricantes pasaron de un insignificante 0.1% en 1974 a 10% en 1979.[22]

Con la mayor inserción del país en el sistema de reproducción ampliada del imperialismo, la crisis mundial capitalista golpea más duramente a la economía nacional. Se detuvo el incremento acelerado de las exportaciones nuevas y cayó el ingreso por café; durante los primeros nueve meses de 1981 las exportaciones cafeteras aportaron 1 044 millones de dólares y las demás 988 millones, mientras que en análogo período del año pasado habíamos llegado a 1 467 y 1 007 millones de dólares, respectivamente. En cambio, la neoliberal política de apertura comercial elevó las importaciones de 2 528 millones a 2 909 millones de dólares. A pesar de que el Gobierno ha tratado de subsanar el déficit comercial con endeudamiento externo y facilidades para el capital extranjero, las reservas internacionales —cuyo incremento el Gobierno mostraba como prueba del éxito de su gestión económica— empezaron a declinar y pasaron de 5 419 millones de dólares en diciembre de 1980 a 5 238 millones en septiembre de 1981.[23]

Para ocultar el déficit comercial externo y enjugar un abultado déficit gubernamental, se ha recurrido al endeudamiento externo. Al finalizar marzo de 1981 la deuda pública externa vigente ascendía a 4 298 millones de dólares y el valor contratado pero aún no utilizado a 2 348 millones, para un total de 6 646 millones de dólares; la deuda externa privada, sin incluir líneas de crédito directo, préstamos al sector financiero y las acreencias de proveedores, sumaba en la misma fecha 651 millones de dólares; para apreciar su vertiginoso crecimiento basta recordar que en diciembre de 1977 la deuda pública total era de 3 945 millones y la privada de 430 millones de dólares.[24]

Durante el decenio de los setenta los intereses de la deuda externa absorbieron casi 2 000 millones de dólares y, si bien llegaron 6 000 millones por empréstitos e inversiones, regresó otro tanto por amortización y repatriación de inversiones, por lo que intereses, dividendos y regalías fueron un tributo neto al capital imperialista. Durante el decenio que comienza esta situación va a agravarse, pues en 1980 el pago de intereses se llevó 652 millones de dólares, mientras que el ingreso neto por empréstitos fue de 441 millones de dólares.

Como se ha acelerado la devaluación diaria del peso colombiano, se incrementa casi geométricamente el monto de los pesos colombianos necesarios para atender el servicio de la deuda externa, lo que obliga a incrementar los impuestos y las tarifas de los servicios públicos, hoy prácticamente hipotecados al capital financiero transnacional. De una tasa de cambio de 17.85 pesos por dólar en enero de 1970, llegamos a 32.96 en diciembre de 1975 y 44.00 al finalizar 1979; durante 1980 la devaluación se duplicó respecto de los años anteriores, subiendo a 15.7%, y todo muestra que esta tasa será superada durante 1981, acercándose el cambio a 59 pesos por dólar. La devaluación de 1980 significó un reajuste en la deuda externa de más

21. El subsidio estatal Certificado de Abono Tributario —CAT— puede ascender hasta 15% del valor de la mercancía. El Fondo de Promoción de Exportaciones (Proexpo) financia activos fijos y despachos, ya sea pre o posembarque; al finalizar 1980 su cartera sumaba 19 195 millones de pesos colombianos y 19.8 millones de dólares (revista del Banco de la República, diciembre de 1980, p. 1755).

22. Tanto para exportaciones como para importacciones los cálculos se han hecho con base en el Departamento Nacional de Estadística, *Colombia Estadística 1981*, pp. 135 y 138.

23. *Revista del Banco de la República*, septiembre de 1981, p. 9.

24. *Revista del Banco de la República*, julio de 1981, pp. 97 y 98, y marzo de 1978, pp. 716 y 717.

de 50 000 millones de pesos y un encarecimiento de las importaciones por 24 000 millones de pesos colombianos

EMPLEO Y SALARIOS

No se puede desconocer que la expansión capitalista de la década anterior hizo disminuir, especialmente de 1975 a 1978, el desempleo absoluto, aunque hemos de ver con cuidado el respectivo índice oficial, pues no cubre a la totalidad de la fuerza de trabajo. De cerca de 13% en 1970 bajamos a 8.2% en septiembre de 1978, pero los efectos de la contracción hicieron subir nuevamente la tasa a 10.8% en marzo de 1980, período a partir del cual se mantiene entre un máximo de 9.3% en diciembre de 1980 y 8.1% en septiembre de 1981, para el conjunto de las siete principales ciudades del país, en donde el desempleo absoluto oscila entre 5.2% en Bogotá y 14.7% en Manizales.

Esta disminución reciente del desempleo puede ser más aparente que real, pues ha disminuido nuevamente la tasa de participación global, esto es, de la PEA como proporción de la población en edad de trabajar, lo que indica que parte de la población que demandaba trabajo ha dejado de hacerlo para convertirse en población inactiva, desde el punto de vista de la actividad económica. Así, de una tasa de participación global de 54.7% en marzo de 1980 bajamos a 52.8% en septiembre de 1981, también para las siete principales ciudades del país; si todavía mantuviésemos la tasa global del primer semestre de 1980, el desempleo estaría más cerca de 10 que de 8 por ciento. Si aplicamos la tasa actual al conjunto del país —aunque todo indica que el desempleo absoluto es más bajo en el campo—, nos acercamos a 900 000 desempleados, de los cuales por lo menos la mitad está en las siete principales ciudades. Como a su vez el subempleo supera el 15%, esto significa que alrededor de 25% de la población laboral padece algún grado de desocupación.[25]

Como no tenemos otros elementos de juicio, es necesario aceptar las cifras gubernamentales. No obstante, es incontrovertible que la disminución no se ha hecho sobre la sólida base de crear mayor empleo en la industria —ya señalamos más bien una disminución durante 1981—, sino en el Estado, el comercio y las finanzas, en trabajos vinculados con algunos productos de exportación, así como por el incremento de las actividades parasitarias, como la de los vendedores ambulantes o callejeros, que disfrazan el desempleo. Tampoco puede dudarse de que se ha hecho sobre la base de reducir el fondo salarial; la participación de los asalariados en el ingreso nacional bajó de 46.5% en 1970 a 41.9% en 1979, último dato disponible.[26] Mientras que miles y miles de hombres y mujeres carecen de empleo, se calcula que cerca de 2 millones de menores de 15 años participan en el mercado de trabajo; las mujeres ganan tradicionalmente menor salario por igual trabajo y sufren una tasa de desempleo 50% superior a la de los hombres; la desocupación ya afecta a los trabajadores con formación técnica y universitaria

El fenómeno que más duramente ha golpeado la capacidad adquisitiva del salario es la ascendente carestía, cuya tasa promedio de 10% durante los años sesenta se duplicó a 20% en el decenio siguiente; llegó a 27% en 1980 y se espera que se acerque a 30% durante 1981.[27] Durante el decenio de los setenta el aumento de precios fue de 6.7 veces para los obreros; en Bogotá, los huevos aumentaron 4.4 veces, la panela 5, el arroz 5.4, la papa 5.6, la carne 7 veces y el pan 8.1 veces.

Por efecto de la carestía, amplios sectores se empobrecen, tanto en forma relativa como absoluta. En la canasta familiar de 1953 los obreros de Bogotá dedicaban a alimentación 49% del gasto familiar, a vivienda 22%, a vestuario 12% y a otros rubros 17%; en la nueva canasta de 1978 los alimentos subieron a 52% y la vivienda a 29%, mientras que el vestuario bajó a 6% y los otros rubros a 13%. Es decir, se ha sacrificado nivel de vida (vestuario, distracciones, servicios personales, instrucción, cultura, etc.) para dedicar una mayor porción del ingreso a las necesidades fundamentales, sin que esto signifique una mejoría en la dieta y las condiciones de vivienda; el consumo per cápita de calorías bajó de 2 191 en 1961 a 2 141 en 1973, y el de proteínas de 51 a 48 gramos;[28] esta situación seguramente no se ha modificado, pues según cálculos del propio Departamento Nacional de Planeación en 1980 teníamos un déficit de 1 447 toneladas de leche (25% del mínimo necesario), 286 de carne, pescado y huevos (22.6%), 789 toneladas de cereales (22.8%), 239 de hortalizas (19.5%), 1 822 de frutas (31.3%) y 229 toneladas de grasas visibles (90.1% del requerimiento mínimo nacional); sólo hubo superávit en tubérculos y raíces, 664 toneladas (25.8% de exceso), y en azúcares, 785 toneladas (74.4%).

En octubre de 1981 la canasta familiar valía, para obreros, 14 563 pesos, y para empleados 39 494.[29] Como resumen del proceso de empobrecimiento podemos decir que si hace 15 años el salario mínimo urbano bastaba para comprar 60% de la canasta familiar, hoy apenas compra 39%, por lo que es necesario que trabajen 2.5 personas por familia para alcanzar el precario nivel de vida que representa la canasta del DANE, que no es el consumo ideal de una familia sino apenas el promedio de los consumos reales a finales del decenio de los setenta.

Según datos del Gobierno, los trabajadores de la industria han logrado recuperar el salario real a partir de 1978; de acuerdo con el DANE y sobre la base de 1970, la remuneración real de los obreros alcanzó a descender hasta 10.8% durante 1974, para cerrar 1980 con un valor 9.8% superior al de 1970; es decir, pasó de 20 047 pesos de 1970 en ese año a 17 889 en 1974 y 21 883 en 1980. En cambio, los empleados industriales no han logrado tal resultado, de 50 455 en 1970 cayeron hasta 45 798 en 1976 (una disminución de 9.2%) para recuperarse muy ligeramente hasta 48 601 en 1980, quedando todavía 3.7% por debajo de 1970. Lo grave es que la leve reanimación de los obreros está muy por debajo de su aporte a la productividad; el valor agregado por trabajador se elevó en 16% de 1970 a 1979, por lo que el excedente (plusvalía global a precio de fábrica) por cada peso pagado de remuneración ascendió de 1.82 a 2.29 pesos.[30] Es decir, en el conjunto de la industria colombiana los trabajadores, incluidos empleados y directivos, generan su remuneración total en 2 ho-

25. Datos tomados de varios boletines mensuales del DANE.
26. Calculado con base en Banco de la República, *Cuentas Nacionales 1970-79*
27. Entendemos como carestía el aumento en el índice de precios al consumidor obrero, según una "canasta familiar" de más de 200 artículos y servicios que mide mensualmente el DANE.
28. Departamento Nacional de Planeación, *Revista de Planeación y Desarrollo*, vol IX, núm. 3 (1977), p. 72.
29. Cálculo del autor con base en el IPC del DANE.
30. Datos calculados con base en *El salario real en la industria manufacturera colombiana 1970-80*, boletín del DANE de julio de 1981.

ras y 26 minutos de la jornada diaria, y trabajan gratis para los capitalistas 5 horas y 34 minutos; si pudiésemos desestimar a los directivos el tiempo excedente subiría apreciablemente.

Simultáneamente, bajo el eufemístico nombre de liberación financiera, se abre paso el más crudo y brutal neoliberalismo monopolista, pues se pretende eliminar los principales controles gubernamentales sobre la moneda y el crédito. La tesis de que hay que liberar las tasas de interés para que respondan a los costos de oportunidad del dinero en el mercado, apoyada por el criterio gubernamental de que "un gradual proceso de liberación del sector financiero no sólo parece factible sino que puede ser perfectamente compatible con los objetivos de control monetario",[31] significa entregar el manejo de la moneda y del crédito a la burguesía bancaria, parte básica del capital financiero, lo que hará más inaccesible el crédito para los pequeños y medianos productores, impulsándose, por consiguiente, la carestía (por la creciente tasa de interés) y la centralización del capital (por la quiebra de los productores).

Las medidas contraccionistas han detenido algo la inflación monetaria —entendida como el exceso de papel moneda en relación con las necesidades de la circulación de las mercancías—, aunque la masa en circulación creció espectacularmente durante el decenio anterior; de unos medios de pago de más de 18 000 millones en diciembre de 1969, llegamos a más de 218 200 millones en septiembre de 1981; no obstante, el monetarismo ha logrado contraer la expansión anual: de 38.6% en el año concluido en septiembre de 1977, a 32% en 1978, 24.4% en 1979, 18.8% en 1980 y 23.1% en 1981. Empero, como vimos párrafos atrás, esta contracción de la expansión monetaria no ha reducido la carestía, la que más bien tiende a superar el 30% anual.

En cambio, los llamados cuasidineros (depósitos en UPAC, de ahorros y a término) crecen como espuma, aunque erráticamente, de acuerdo con las condiciones especulativas del mercado de dinero; durante el año concluido en septiembre de 1981 lo hicieron en 70%, para llegar a 293 300 millones de pesos, habiendo partido de 2 720 millones en diciembre de 1969; es decir, se multiplicaron por más de 100. El peso fundamental corresponde a los depósitos en UPAC, que totalizan 117 800 millones, y a los depósitos a término, que suman 109 300 millones y muestran un impresionante aumento de 160.3% durante el último año.[32] No hay duda que este tipo de ahorro financiero es un refugio muy atractivo para las ganancias de monopolio, los beneficios de la especulación y el producto de la economía subterránea, al tiempo que facilita la centralización en manos del capital financiero de muchos pequeños y medianos capitales que se retiran de la producción por las dificultades con el crédito y las materias primas.

Para tener una idea de la magnitud de la inflación monetaria que hemos padecido basta recordar que el PIB, a precios constantes de 1970, creció 75.5% durante el período 1970-1980, mientras que la oferta monetaria ampliada (M2) lo hizo en 1 600%, correspondiendo a los medios de pago un incremento de 892 por ciento.[33]

Como los pequeños y medianos productores se quejan de la falta de crédito, todo indica que la expansión de las colocaciones bancarias se dedica a actividades diferentes a la producción material; en septiembre de 1981 totalizaron 241 300 millones, lo cual significa una expansión de 46% en un año completo; deducida la inflación, el crecimiento de las colocaciones es aún significativo, especialmente si lo comparamos con el 18% del año concluido en septiembre de 1979 y el 26% de 1980.[34] Teniendo en cuenta que todos los bancos están bajo el control de poderosos grupos financieros, es posible que el crédito bancario se concentre en empresas de los propios grupos, dejando un amplio mercado para el crédito de agio, cuyas tasas llegan al escandaloso 10% mensual.

DEPENDENCIA

Triunfante la larga lucha anticolonial contra España, el capital extranjero estaba presente en los ferrocarriles, las obras públicas y los empréstitos al Estado, comenzando por los préstamos ingleses para las fuerzas armadas revolucionarias de Bolívar, encaminados a asegurar el mercado de la naciente nación. Luego se interesó por algunos cultivos, la explotación de metales preciosos, los incipientes servicios públicos y el petróleo; a partir de los años cincuenta de este siglo lo típico es la emigración hacia los sectores modernos de la economía, industria y finanzas, destacando a su vez, en la industria, las ramas más avanzadas: química, petroquímica, papel y cartón, metalmecánica. Dada la importancia que ha adquirido el capital de préstamos dentro del mecanismo de reproducción del imperialismo, el monto de la deuda externa ya supera ampliamente la inversión directa.

Al finalizar 1980 la inversión extranjera registrada en el Banco de la República alcanzaba a 1 061 millones de dólares, sin incluir la inversión de la industria petrolera, la cual no tiene obligación legal de registrarse. Sin bien éste no es un monto muy apreciable —aunque debe tenerse en cuenta que la inversión en carbón y níquel duplicará ampliamente en los próximos años el total de la inversión anterior—, la apertura neoliberal al capital extranjero ha elevado su monto en 68% desde 1975, cuando llegó a 633 millones de dólares en 718 empresas.[35] Suponiendo que en petróleo haya algo más de 400 millones, el monto total de la inversión directa está alrededor de los 1 500 millones de dólares. Como la inversión directa tiene la posibilidad de girar subrepticiamente utilidades al exterior mediante la sobrefacturación de importaciones y la subfacturación de exportaciones, sobre todo cuando se establece la relación matriz-filial o asociada, el monto oficial de los giros por dividendos y regalías debe verse con cuidado; no obstante —de acuerdo con las cifras oficiales— ya fue muy superado por los giros por intereses: en 1978 giramos 252 millones de dólares por intereses y 63 millones por dividendos y regalías, y en 1980 los intereses pasaron de 652 millones y los dividendos y regalías subieron apenas a 69 millones.[36]

31. Palabras del Subgerente Técnico del Banco de la República ante la Asamblea de la Asociación Bancaria en 1979.
32. *Revista del Banco de la República*, septiembre de 1981, pp. 7 y 8.
33. El PIB pasó de 130 361.4 millones de pesos a 228 805.4 millones; los medios de pago, de 21 627 millones a 214 663 millones; la oferta monetaria ampliada, de 25 052 a 425 652 millones.
34. *Revista del Banco de la República*, septiembre de 1981, p. 8.
35. *Revista del Banco de la República*, julio de 1981, p. 99, y Banco de la República, *Informe a la Junta Directiva 1975*, p. 142.
36. *Revista del Banco de la República*, diciembre de 1980, p. 1754.

Incluída la posible inversión petrolera,[37] la inversión directa se distribuiría así: 50% en industria manufacturera, 30% en petróleo, 8% en el sector financiero y 6% en comercio y hoteles. Casi tres cuartas partes provienen de Estados Unidos. En líneas generales, podríamos decir que el capital foráneo maneja 36% de la producción industrial, 75% de la minería, 10% del comercio, 30% del sistema financiero y 5% del transporte. Su orientación hacia las ramas modernas de la industria se aprecia cuando vemos que casi la mitad de las inversiones están en química, petroquímica y caucho y una sexta en metálica básica y metalmecánica. En el conjunto de la economía, el control extranjero está entre 20 y 25 por ciento.[38] Ésta es la dependencia que puede medirse en cifras, porque existen otras formas de subyugación, como la asistencia militar que funciona en el propio Ministerio de Defensa y que se mide en muertos y en violaciones de la Constitución Nacional y los derechos humanos.

Con la apertura neoliberal se ha deformado aún más la estructura industrial, deformación en la cual gran parte de culpa corresponde a los monopolios transnacionales, pues siempre han montado sus empresas con una mentalidad que prodíamos llamar de "enclave": fábricas transformadoras de materias primas en una fase inicial, o ensambladoras de partes importadas de las casas matrices situadas en los países capitalistas desarrollados, con el propósito de conquistar el pequeño pero creciente mercado interno, aprovechando la sustitución de importaciones.

Mientras que la industria de productos de consumo personal tiene un apreciable desarrollo, y llegó a incorporar algunos adelantos "técnicos" notables aunque inútiles, la industria básica (metalurgia, maquinaria, etc.) es extremadamente débil y de muy lento crecimiento. El exiguo peso de la metalurgia dentro de la industria compueba una de las fallas graves del desarrollo capitalista dependiente y deformado: la ampliación de la base productiva no se sustenta en un desarrollo paralelo de materias primas fundamentales, como el hierro y el acero. También nos demuestra que la ley del desarrollo desigual se acentúa en los países capitalistas dependientes y ahonda la desproporción entre la industria pesada y la simple transformación para consumo improductivo. Es decir, la rama metalmecánica ha crecido con base en la importación de materias primas y bienes intermedios o el simple ensamblaje de partes elaboradas fundamentalmente en el exterior, sin aventurarnos en la producción de equipo complejo, lo que produndiza la dependencia y la deformación.

Una tercera parte del sistema financiero colombiano está controlada por capital bancario imperialista en donde destacan el Chase Manhattan Bank y el First National City Bank, vinculados a las dos ramas principales de la familia Rockefeller. Además, la banca imperialista controla la deuda externa del país.

Durante el gobierno de López Michelsen se produjo la llamada "colombianización" de la banca, que consistió en la venta de acciones de los bancos extranjeros a la gran burguesía colombiana, oficializándose así el entroncamiento del capital imperialista con la oligarquía nativa. Este entroncamiento —que ya se había realizado o continúa haciéndose en otros sectores— favorece al capital extranjero, pues lo disfraza de nacional, pero favorece también a la oligarquía nativa, ya que compromete más el respaldo económico, político y militar del capital imperialista. A su amparo se han fortalecido los más importantes grupos financieros colombianos, que manejan lo sustancial de la economía y han logrado un considerable grado de monopolización al combinar las actividades bancarias con las industriales y comerciales.

Como lo comprueba la experiencia colombiana, la aplicación del neoliberalismo facilita que el capital financiero nativo se entrelace más sólidamente con el capital extranjero, configurándose un férreo aparato de poder, aunque no puede desconocerse —ni menospreciarse— que entre ellos se dan ciertas contradiciones, mas no antagónicas. Además de extraer una voluminosa plusvalía —que puede oscilar entre 5 y 10 por ciento del PIB—, su control directo sobre una quinta parte de nuestra economía recorta la acumulación interna y deforma la estructura productiva al orientar sus empresas sin tener en cuenta los intereses nacionales; antes bien, su presencia monopolista y de alta composición orgánica del capital agrava la carestía y el desempleo. La consolidación de las transnacionales como un factor interno de producción, desde la época de la sustitución de importaciones y ahora con la promoción de exportaciones, ha significado que la expansión y diversificación productiva se traduzca en creciente desnacionalización, por lo que la vía del desarrollo capitalista dependiente se agota con rapidez, contradiciendo flagrantemente lo que en apariencia se propone el neoliberalismo.

LOS PROBLEMAS SOCIALES

Hemos reseñado algunos de los métodos y efectos de neoliberalismo monopolista, el cual, por sus propias contradiciones, no está en capacidad de solucionar los tremendos problemas de las masas, pero en cambio sí lanza a miles de familias al hacinamiento en las ciudades y ha obligado a 3 millones de colombianos a buscar trabajo en el exterior. Veamos sucintamente cómo se han agravado algunos problemas sociales durante la vigencia del modelo neoliberal.[39]

Sólo 40% de la población tiene acceso al seguro social, las cajas de previsión y los hospitales públicos, y 10% puede costearse la medicina privada; el restante 50% carece en absoluto de cualquier protección médico-sanitaria. Este fenómeno se refleja en que cerca de la mitad de los fallecimientos carezca de certificado médico y en que dos de cada tres personas que mueren no sobrepasen los 50 años, esto es, mueren antes de completar el ciclo de la vida laboral. Dadas las condiciones de empobrecimiento de los últimos años, todo indica que la mortalidad infantil tiende a ascender, no obstante la expansión capitalista; si bien no hay cifras plenamente confiables, probablemente pasa de 70 por mil y cada día mueren alrededor de 250 niños menores de 5 años, mientras que en las mismas 24 horas el gasto militar consume más de 100 millones de pesos (2 millo-

37. El propio Banco de la República la estimaba en 1978 en 364 millones de dólares. *Informe a la Junta Directiva 1978*, p. 169.

38. Julio Silva Colmenares, *op. cit.*, pp.299 a 301.

39. Las cifras citadas en los párrafos siguientes están tomadas, en su inmensa mayoría, de fuentes gubernamentales. No hacemos la referencia específica en cada caso pues son harto conocidas.

nes de dólares); dos terceras partes de las consultas en hospitales y centros de salud y de defunciónes de menores de 5 años corresponden a enfermedades infecciosas, parasitarias y estados carenciales, lo que muestra que una parte apreciable de tales consultas y muertes es privisible y evitable.

Los recursos del sistema de salud son notariamente insuficientes; tenemos alrededor de 12 000 médicos, lo que da 2 200 habitantes por médico, pero esta cobertura se vuelve astronómica en el campo y las ciudades pequeñas y medianas, pues dos de cada tres médicos viven en las cinco principales ciudades; la mitad de los médicos se dedica al ejercicio privado de la profesión, esto es, a atender al 10% que puede pagarlos. Disponemos de 50 000 camas hospitalarias —incluidas 6 000 de las clínicas privadas—, lo que nos da 540 habitantes por cama. En comparación, un país como Cuba, con la tercera parte de la población colombiana, dispone de similares recursos.

En la población de 6 a 15 años se presenta un promedio de diez días de incapacidad por persona-año y en la población de 15 a 64 años —económicamente activa— de 24 días al año, lo cual es bastante alto; las encuestas sobre morbilidad muestran que las principales causas de consulta tienen una estrecha relación con la condición socioeconómica y que en los sectores de bajos ingresos el coeficiente de incapacidad se duplica. Asimismo, el nivel de accidentabilidad es alto: en la población trabajadora se acerca a 600 por mil y al año ocurren más de 2 millones de accidentes de trabajo, las dos terceras partes incapacitantes.

De 6 millones de niños en edad escolar, sólo 70% consigue cupo y el resto, 1.8 millones, no puede asistir a la escuela; de 3 millones de jóvenes en edad de secundaria, más de la mitad, 1.6 millones, no consigue cupo, y de 2.2 millones de jóvenes entre 19 y 25 años, apenas 240 000 asisten a universidades y centros similares. Y esta situación se agrava, pues la mitad de los cupos corresponde a centros educativos privados.

Del total de viviendas, 40% está constituido por ranchos y cabañas, chozas, carpas y similares, y más de 60% del total carece de todos los servicios básicos. En las principales ciudades, no menos de 800 000 familias carecen virtualmente de vivienda y otras 800 000 habitan en casas insalubres. No obstante que desde 1976 están teóricamente congelados los arrendamientos, el mismo Gobierno reconoce que es uno de los rubros con mayor alza en la canasta familiar.

Los homicidios cometidos en Colombia superan al total de 17 países europeos con 350 millones de habitantes, tres de cada cien defunciones corresponden a homicidio o asesinato. Se calcula que se produce en el país un delito cada minuto; una de cada tres familias informó que durante 1979-1980 algunos de sus miembros había sido atracado o robado en la calle.

La Comisión Wiesner-Bird, contratada por el Gobierno para realizar un estudio sobre las finanzas gubernamentales, pretende convencernos de que el Estado debe descargarse de la prestación de la mayoría de los servicios sociales y que, en general, éstos deben ser sufragados por los mismos usuarios. De igual manera, el informe final es un paso más —y bien serio— por el camino neoliberal de que los servicios públicos deben manejarse con los criterios de ganancia de cualquier empresa capitalista, y sugiere que se eleven los precios y tarifas para lograr lo que eufemísticamente denomina la autofinanciación.

ESTADO Y REPRESIÓN

Como puede verse, el neoliberalismo no modifica —y más bien agudiza— los rasgos desnacionalizadores y regresivos de la vía dependiente de desarrollo capitalista, dándole un contenido específico o la formación de los monopolios nativos, la función económica y política del Estado y el mecanismo de reproducción ampliada capitalista. El neoliberalismo impulsa el paso de nuestro capitalismo dependiente a niveles medios de desarrollo, pero la categoría fundamental sigue siendo la dependencia, por cuanto condiciona la estructura productiva, el sistema de las clases sociales y las relaciones de producción. Si insistimos en el calificativo de dependiente no es porque pretendamos destacarlo como un modo de producción peculiar, sino porque consideramos que el factor que determina su actual perfil es la dependencia, desde su más temprana edad, por encima del grado o nivel de desarrollo que haya alcanzado. Al analizar sucintamente el papel del Estado y sus cambios en los últimos tiempos, precisaremos algunos de tales rasgos particulares.

Una de las consecuencias de la aplicación del neoliberalismo es la tendencia al abandono de los deberes sociales del Estado, al tiempo que pasamos a un Estado fuerte que respeta las fuerzas del mercado, lo que en el lenguaje de los desarrollistas neoliberales significa liberación de precios (el Gobierno no alcanza a controlar los precios de 100 productos y servicios), liberación financiera (vigencia del dinero caro y mano libre a los intermediarios financieros), liberación de importaciones (2 600 productos pasaron a libre importación) y mayor apertura al capital extranjero, con férreo régimen presidencial y mayor injerencia de los militares.

El gasto público se ha elevado vertiginosamente, pasando de 29 800 millones de pesos (1 200 millones de dólares) en 1973 a no menos de 300 000 millones (5 600 millones de dólares) en 1981, pero su financiación se ha hecho muy regresiva y antidemocrática, pues cada día tienen mayor peso los impuestos indirectos, como el denominado impuesto a las ventas, que no tiene en cuenta la capacidad adquisitiva del comprador; si en 1973 los impuestos directos representaban 49% de los ingresos tributarios del gobierno central, en el proyecto de presupuesto para 1982 sólo aportan 31%; en cambio, los impuestos indirectos subieron de 51 a 69 por ciento. Y esta disminución no es producto de una rebaja de la tarifa del impuesto a la renta, sino del incremento de la evasión fiscal de los capitalistas, cuyo monto calcula en 78 000 millones de pesos anuales un centro de investigaciones de la propia gran burguesía.[40]

El crecimiento desmesurado del aparato burocrático por la creación clientelista o electorera de empleos y la evasión fiscal han llevado a las finanzas públicas a una crítica situación deficitaria. Al finalizar agosto de 1981, el déficit presupuestal sumaba 16 315 millones de pesos, 13.6% de los productos netos, y el déficit de tesorería llegaba a 8 114 millones, cifra nunca antes alcanzada en la contabilidad pública, a pesar del ingreso de cuantiosos empréstitos externos.[41]

Ha cambiado también en forma regresiva el destino del gas-

40. Cálculos de la Asociación de Instituciones Financieras (ANIF), publicados por el diario *El Tiempo* del 23 de octubre de 1981.

41. Cifras tomadas de *Síntesis económica*, núm. 285, 19 de octubre de 1981, p. 25.

to público; el Estado soslaya su función redistributiva y se difunde la falaz concepción del autofinanciamiento de los servicios públicos y sociales. El gasto militar ya absorbe casi 15% del presupuesto nacional, cuando a salud no se dedica más de 5%. El reciente informe Wiesner-Bird propone una aparente modernización de las finanzas gubernamentales, pero en el fondo lo que busca es incorporar mejor el presupuesto estatal a la reproducción ampliada del capitalismo, sacándolo aún más del control de los órganos legislativos, lo que traerá mayores recortes en los gastos sociales.

De otro lado, la creciente hipoteca de las empresas de servicios públicos a los prestamistas extranjeros ocasiona el alza escandalosa de las tarifas, pues éstos exigen que tales empresas se manejen con los criterios de rentabilidad de la actividad privada. De igual manera se repite la insidiosa tesis de la ineficiencia de las empresas estatales, lo que supone su traspaso a los grupos monopolistas, criterio ya esbozado por directivos de la corporación financiera estatal Instituto de Fomento Industrial, el cual mantiene en el momento actual inversiones en 57 empresas, con más de 40% en 21 de ellas.[42]

Nos encontramos ante una situación aparentemente paradójica, que refleja la esencia monopolista del neoliberalismo: al tiempo que se debilita el capitalismo de Estado —la propiedad capitalista de Estado— se fortalece el capitalismo *monopolista* de Estado —forma de dominación económica y política del capital monopolista—, obviamente en condiciones de dependencia, a través de la regulación económica, social y política en favor de las transnacionales y la oligarquía financiera nativa. Al desenmascarar el carácter oligárquico y proimperialista del capitalismo monopolista de Estado dependiente, debe defenderse el sector estatal de la economía e impedirse su desmantelamiento, al que se tiende hoy en día, pues las empresas estatales están un peldaño por encima de las empresas privadas, ya que de alguna manera socavan las posiciones hegemónicas de la gran burguesía y el capital extranjero.

Dado que el capital financiero generado en países como Colombia es tan dependiente como la sociedad que lo genera, es absurdo ver tendencias imperialistas en los grupos financiero-monopolistas nativos, como pretenden algunos teóricos. Este capital financiero no reúne los requisitos señalados por Lenin para expresarse como imperialismo, que son tanto económicos como políticos. Sin embargo esto no es obstáculo para que se presente la tendencia hacia la formación del capitalismo monopolista de Estado, que en las condiciones de la dependencia es la utilización del aparato estatal por el capital imperialista y la oligarquía financiera nativa para mantener o mejorar las condiciones de reproducción del capital monopolista.

El sólido aparato estatal-monopolista que se ha consolidado al amparo del neoliberalismo se expresa a través de diversos medios. Una vez son las multimillonarias líneas de crédito del banco central y otras entidades gubernamentales; otras veces, el Estado inicia empresas difíciles o que producen bienes básicos, siempre con un espíritu subsidiador, esto es, que estén en manos estatales apenas el tiempo necesario para que sean rentables y puedan entregarse al sector privado; otras, aun, adopta el papel de accionista de empresas que deja bajo la administración de los socios particulares, o es el propio Estado planificador el que regula la actividad económica, social y política en beneficio de los intereses de los monopolios nativos y foráneos. Para facilitar el cumplimiento de estas funciones se intensifica la unión personal entre los miembros y voceros del gran capital y los altos cargos del Estado.

El gasto de las entidades nacionales, departamentales y de los municipios capitales de departamento equivale a 25% del PIB; si se adiciona el presupuesto del Fondo Nacional del Café tal proporción sube a 30%; hoy, no menos de 2 de cada 3 pesos del presupuesto nacional van a parar a las arcas de los capitalistas por la compra de bienes y servicios o el pago de la deuda pública; asimismo, se calcula que entre 8 y 10 por ciento de la PEA corresponde a trabajadores estatales. Las empresas del sector estatal o con participación estatal pasan de 100 y sus activos totales, incluidos los del Fondo Nacional del Café, ascendían en 1975 a 200 000 millones de pesos (6 500 millones de dólares);[43] hoy, tal monto debe haberse duplicado. Este capitalismo monopolista de Estado dependiente está encabezado por la oligarquía financiera, en sociedad con el capital imperialista, lo que significa el desplazamiento de otros sectores burgueses que han de pagar su tributo al capital financiero; simultáneamente, las capas medias crecen pero se empobrecen con rapidez, por la carestía y el déficit de los servicios sociales. Aumenta el peso del proletariado, incluido el ligado a la producción agraria, pero su mayor crecimiento se presenta en sectores improductivos como las finanzas, el Estado y el comercio ambulante o callejero. Con el neoliberalismo se polarizan aún más las fuerzas sociales de la sociedad colombiana, enfrentándose objetivamente la mayoría de la población al núcleo oligárquico extranjero y nativo.

Un modelo de concentración de la riqueza y el ingreso y de empobrecimiento de las masas tiene que recurrir a la represión política; la democracia restringida que padecemos desde la creación del Frente Nacional en 1957 se ha agudizado con la promulgación del Estatuto de Seguridad en 1978, que amplía sustancialmente la justicia penal militar para los civiles, establece nuevos delitos políticos y multiplica las penas. El Estatuto de Seguridad es la expresión colombiana de la ideología estadounidense de la seguridad nacional, que considera subversiva la lucha de las masas por mejores condiciones de vida y de trabajo; cada día se asigna más importancia al papel del Estado como responsable de la llamada seguridad interna que como promotor del verdadero desarrollo.

El neoliberalismo monopolista no se opone, y más bien impulsa, a la madurez relativa de nuestro capitalismo, pero madurez relativa que significa profundización de la dependencia y modernización del atraso, y en muchos casos no sólo desnacionalización sino destrucción del aparato productivo. El crecimiento económico durante el decenio de los setenta muestra —aunque la perspectiva inmediata es de contracción y posible recesión— que nuestro capitalismo tiene aún reservas económicas y políticas, pero escasas opciones para solucionar los problemas sociales, como corresponde a una estrategia desarrollista que desprecia el nivel de vida de las masas. Por tanto, la respuesta al neoliberalismo no es seguir por la vía del capitalismo dependiente, cuya crisis definitiva comprueban los triunfos de Cuba y Nicaragua. □

42. *El Tiempo*, 3 de agosto de 1981, p. 1F.

43. Julio Silva Colmenares, *op. cit.*, p. 294.